

INFIERNO FOTOFÓBICO

Ansío llegar a casa, colocarme el pijama y escuchar música relajante a la tenue luz de una vela. En el centro comercial donde trabajo la iluminación es tan potente y hay tantos fluorescentes sobre mi *stand* que cuento los minutos que me faltan para terminar mi turno y someterme a una cura de desintoxicación lumínica. Más que descansar de la pesadez de mi trabajo, necesito expulsar la sobrecarga de luz con que cada día regreso a casa. Pero he de reconocer que no lo tengo nada fácil. Cuando llego a mi urbanización y estaciono el coche en mi garaje, cojo el ascensor, con sus cinco luces halógenas reverberando sobre su interior acristalado y bruñido. La otra opción, subir por las escaleras a un tercer piso, no es tarea fácil. Debo salir a la calle, donde un detector de presencia salta frente a mis ojos antes de acceder al portal, el cual se ilumina al entrar como si acabaras de llegar a una fiesta sorpresa. Para colmo de males, vivo de alquiler en un piso sin persianas, en una calle comercial de una ciudad que nunca duerme. Por las noches, me cuesta conciliar el sueño. Aunque utilizo antifaz para dormir, los carteles publicitarios permanecen encendidos casi toda la noche, y sus imágenes se reflejan en las paredes de la habitación debido a la velocidad con que se repiten de manera sincronizada durante la noche, aun a pesar de haber colocado cortinas. Hoy, para rematar el día, una de las luces del rellano comenzó a parpadear descontrolada al salir del ascensor. Me pilló desprevenida y no pude evitar mirarla en el momento en que la resistencia brillaba con mayor intensidad. La mala calidad de mi sueño unida a mi especial sensibilidad hacia la luz me produce frecuentes migrañas, así que cuando saqué la llave del bolso casi no veía la cerradura porque una especie de gelatina se interponía entre ella y mi ojo. Abrí por intuición y recé para que el dolor de cabeza posterior fuera llevadero. Me equivoqué. Un par de horas más tarde, me rendí a la evidencia: la cefalea había afectado al nervio trigémino y me enfrentaba a un ataque de migraña en toda regla. Mi trayecto hasta el hospital fue un calvario. Las luces de los coches me deslumbraban y agravaban mi malestar. Me pautaron un potente analgésico y me olvidaron en una sala insonorizada y oscura... Soñé con una noche estrellada, lejos del asedio luminoso de la vida de esta ciudad tan avanzada y moderna. Un espejismo de la mente en este inmenso desierto urbano de luz.